

posiciones afectivas desemejantes. La suma de esas disposiciones congénitas ó instintivas constituye la naturaleza afectiva ó temperamento. Tales diferencias de capacidad afectiva se relacionan con diferencias físicas, incluyendo variantes no sólo en la estructura y modo de funcionar de todo el sistema nervioso, sino en la constitución del sistema muscular y de los órganos vitales interesados en las manifestaciones del sentimiento.

Las bases instintivas de los sentimientos comprenden, á más de esa capacidad de sentir de diferentes modos, ciertas *asociaciones transmitidas*. Por ejemplo, el niño sonríe, cuando aun cuenta pocas semanas de edad, al ver la cara de su madre; y esto implica que hay tendencia heredada á sentir placer de clase particular con relación á esa impresión particular, que es la vista de la cara humana. Además hay razón para suponer que el niño tenga instintivo temor á las personas extrañas y á ciertos animales. Esas asociaciones transmitidas parecen indicar los efectos de la experiencia de sus antecesores; pues las innumerables experiencias de los placeres ocasionados por la compañía humana, y de los peligros inherentes al trato con personas extrañas y á los encuentros con animales salvajes, durante la historia pasada de la humanidad, han dejado su vestigio orgánico en forma de asociación heredada.

Efecto del ejercicio, experiencia, etc.—En segundo lugar, toda emoción bien desarrollada presupone ciertas experiencias, y un proceso de adquisición, en la vida individual; y de igual modo que las operaciones de la inteligencia, los sentimientos se vigorizan y perfeccionan por el ejercicio de las facultades naturales.

Toda experiencia de placer ó dolor deja vestigio en la mente; y así como cada ejercicio de la atención deja la mente y los centros cerebrales modificados y mucho

más dispuestos para esa clase particular de actividad, así también el ejercicio ó cultivo de un sentimiento propende á aumentar la correspondiente disposición. El niño que se ha entregado enteramente á la cólera ó á la vanidad una vez, está mucho más dispuesto á sentir otras veces lo mismo.

De este efecto del ejercicio se sigue que todo sentimiento tiende (dentro de ciertos límites) á arraigarse más por su producción repetida; los vestigios anteriores del sentimiento de igual especie se unen al nuevo sentimiento, ó este despierta y evoca los restos de los anteriores. De este modo, por ejemplo, el sentimiento de gratitud del niño hacia quien suele ser bondadoso para con él, se arraiga gradualmente por la acumulación de vestigios afectivos.

Como resultado final de esa persistencia de los vestigios afectivos tenemos lo que se llama el sentimiento reavivado ó *ideal*. Después de haber tenido experiencia actual del temor ó de la cólera, el niño puede, si su facultad representativa está bastante desarrollada, recordar é imaginar el sentimiento; así puede evocar de nuevo un acceso de cólera é imaginar que vuelve á sentirla suponiendo que se halla en nuevas circunstancias favorables á ello, y puede comprender el sentimiento de cólera en otras personas cuando la ve expresada por las mismas. Esta capacidad de reproducir y realizar un estado de sentimiento cuando ya ha pasado éste, es importantísima para el desarrollo afectivo y moral.

Asociación de los sentimientos.—La reproducción ó representación de los afectos se verifica con arreglo á la ley de contigüidad. Un sentimiento de placer ó de dolor se representa á la mente por la recurrencia de la impresión ú objeto al cual acompañó antes el mismo sentimiento. Sirva de sencillo ejemplo lo que sucede

cuando la vista de una fresca corriente en tiempo caloroso hace recordar la sensación placentera de bañarse. La presencia de la persona que nos ha favorecido con un acto de bondad nos proporciona el placer de reproducir en nuestra mente el grato recuerdo de esa acción bondadosa.* Estas asociaciones no sólo comprenden los objetos y circunstancias que causan el sentimiento, sino también las cosas que le acompañan. El niño puede tener repugnancia á una habitación ó casa donde le ha sucedido algo desagradable; y la simpatía hacia una persona puede originarse en alguna asociación enteramente accidental con una experiencia muy grata.

El desarrollo de la emoción depende de la facilidad con que se forman tales asociaciones y de la fuerza de las mismas. Los niños de vivo temperamento sensible unen prontamente á los lugares, objetos y personas las asociaciones agradables y desagradables, y por consiguiente adquieren con facilidad grandes aficiones y repugnancias.

Muchas emociones, cuando están completamente desarrolladas, son sentimientos compuestos, formados de muchos sentimientos más simples, tanto de sensaciones comunes como estados afectivos simples, que se reúnen para constituir aquellas emociones. Esa mezcla ó coalescencia se verifica con el auxilio de la asociación; es resultado de varias asociaciones placenteras ó desagradables que sucesivamente se unen al mismo objeto único. De esta manera se originan las aficiones permanentes del niño á sus juguetes y libros favoritos, á la casa donde vive, á los arroyos y bosques donde suele divertirse y

* El lector debe comparar esto con lo que se dijo en el capítulo IX sobre el efecto de los sentimientos en cuanto á fijar las impresiones en la mente. Un sentimiento asociado á una impresión la refuerza, y al contrario, es reavivado por ella.

á las personas y animales que le son familiares en sus juegos. Cuanto más numerosas y variadas son las experiencias combinadas en estas asociaciones, mayor es el sentimiento resultante.

Hábitos afectivos.—El principal resultado de esos trabajos de asociación es el de formarse un hábito de sentimiento permanente. El niño que ha contraído viva afición ó repugnancia á una persona ó lugar no puede ver ni recordar el objeto de ese sentimiento sin experimentar la renovación del mismo estado afectivo; y de este modo se desarrollan sus sentimientos habituales respecto á los objetos que le rodean. La formación de estos hábitos fijos ó disposiciones es parte importante del desarrollo afectivo.

La formación de esos hábitos fijos supone pérdida de la viveza primitiva y aumento de la tranquilidad y profundidad de los sentimientos; los de los niños son fuertes y explosivos, mientras que los de las personas mayores son más tranquilos pero más duraderos; lo cual ilustra el efecto de las costumbres á que se acaba de aludir. Al propio tiempo, el desarrollo de un hábito afectivo implica gran aumento de intensidad *potencial*. El amor más tranquilo y formado que el adolescente de quince años siente por su madre, comprende mucho mayor capacidad de vivo sentimiento cuando la ocasión lo pide, por ejemplo, al volver á ver á la madre después de un intervalo de separación, ó al recibir de ella algún beneficio inesperado. El efecto de la repetición y la costumbre se manifiesta también por el desarrollo de excitaciones periódicas del anhelo de estar junto al objeto amado, y por el gran aumento de susceptibilidad á los sufrimientos que ocasiona la pérdida de su valiosa posesión.

Orden del desarrollo de las emociones.—De igual

modo que las facultades intelectuales, las varias emociones se desarrollan según el orden de su creciente complejidad y representatividad. Así, el sentimiento del temor es de los que primero se presentan, porque es simple en su composición é implica un grado inferior de poder representativo ; todo lo que se necesita para desarrollar un sentimiento de temor es algún padecimiento físico y el grado de retención suficiente para formar la asociación del mismo con un objeto ó lugar. El sentimiento de afecto hacia una persona se desarrolla más tarde que el del temor, porque supone mayor complejidad de experiencia y más alto grado de facultad retentiva.

Para nuestro objeto actual, podemos dividir convenientemente las emociones en tres clases, que corresponden de un modo aproximado á tres grados de complejidad.

(1) El primer grupo es el de los sentimientos que se llaman egoístas. Como su nombre lo indica, se refieren al individuo, á sus necesidades, intereses y bienestar. Todos tienen su raíz común en el instinto de la propia conservación y asistencia, y siendo de la mayor importancia para el sostenimiento de la vida individual, son los primeros que se desarrollan ; comprenden los sentimientos del temor, de la cólera, del amor y del poder, etc. Algunos de ellos, digamos el de la cólera y la envidia, se dirigen contra otras personas, y como sirven para apartar á los individuos unos de otros por el antagonismo, se llaman sentimientos antisociales.

(2) Forman el segundo grupo los sentimientos sociales que, como su nombre lo sugiere, tienen el carácter general de ser favorables á las demás personas y propicios á la amistad y compañerismo de los hombres. De ahí que tengan más valor moral que los sentimientos

egoístas ; y como no están relacionados con el instinto de la propia conservación, y sirven más bien para contrarrestar la acción de ese instinto, se manifiestan en época más adelantada de la vida del niño. Estos sentimientos incluyen varias emociones muy desiguales en valor, desde la de gustar de una simple sonrisa de aprobación hasta la de la simpatía enteramente desinteresada, y desde un amor limitado y en gran parte egoísta hacia los padres hasta el sentimiento de la benevolencia para con todas las personas.

(3) Forman el tercer grupo los sentimientos complejos, cual son el del patriotismo, el amor á la naturaleza y el de la humanidad. Estos suelen considerarse comúnmente en tres subclases : el sentimiento intelectual, ó amor de la verdad ; el sentimiento estético, ó admiración de lo bello ; y el sentimiento moral, ó reverencia al deber. Estos sentimientos, una vez desarrollados, van unidos á ciertas ideas abstractas : las de la verdad, la belleza y la bondad moral. Por lo tanto, presuponen un período de desarrollo mental muy superior al que corresponde á los otros dos grupos, y su cultura forma la última parte de la educación de los sentimientos.

Caracteres de los sentimientos de los niños.—Según se ha dicho antes, los sentimientos son principalmente egoístas en la primera época de la vida ; puede existir el germen del cariño ó afecto, pero tiene poco de desinteresado, y aunque el rudimento del gusto estético existe, se limita á la parte sensible de las cosas (la brillantez, el color, etc.) Al principio de la vida los placeres y dolores corporales son la parte principal de la experiencia afectiva ; entre ellos deben comprenderse los placeres y dolores del apetito, que forman parte tan conspicua de la experiencia sensitiva primera. Hasta aquellos vestigios de los afectos propiamente dichos que aparecen

en esa época están estrechamente unidos á las sensaciones comunes inferiores ; el mal genio se origina, al principio, como resultado inmediato del dolor físico, la envidia resulta de la gula, y así sucesivamente. En los primeros años de la infancia los sentimientos están sujetos á la vida corporal y á las formas inferiores de la sensación.

Otro carácter muy relacionado con el anterior es el de que los estados afectivos del niño dependen inmediatamente de las impresiones materiales ; su temor se excita por la vista de un perro, pero todavía no por la imagen mental del mismo ; en otras palabras, los sentimientos del niño sólo se excitan de una manera directa por los objetos presentes. El grado inferior de capacidad representativa ó imaginativa no permite aún que se reproduzcan ni que se satisfagan idealmente los sentimientos.

Ese predominio del elemento físico, y el gobierno de los sentimientos por las circunstancias presentes, puede servirnos para comprender otros caracteres de los sentimientos infantiles, siendo el más notable el de su intensidad y violencia ; por lo cual se alude á menudo al apasionamiento de los niños. Los raptos de las pasiones infantiles son, por su violencia extraordinaria y por su completo dominio de la mente, muy distintos de como son en la vida ulterior, por lo menos con respecto á las personas que han aprendido á dominar sus pasiones. Esa turbulencia de las emociones, que produce notabilísimos efectos en el alma y en el cuerpo, depende de la falta de reflexión. Las incomodidades físicas lo absorben todo mientras duran, porque el niño es incapaz de recurrir á la memoria y reflexión para reconocer la trivialidad de la causa, lo pasajero del dolor, y así sucesivamente. De igual manera, la vista de un perro llena la

mente infantil de terror en el momento, porque la mente es incapaz entonces de recordar y reflexionar. Y mientras que la subyugación de la mente por el sentimiento se favorece de ese modo por la debilidad intelectual del niño y su grado inferior de facultad representativa, también se fomenta por el atraso del desarrollo moral, por el desconocimiento de lo inconveniente y maligno de la pasión inmoderada, y por falta de la fuerza de voluntad que se necesita para contrarrestar y detener los impulsos del sentimiento.

Á la violencia de los sentimientos infantiles acompaña otro carácter distintivo : el de ser fugaces. El niño apasionado difiere del hombre apasionado en lo transitorio de sus raptos de pasión ; y esto constituye su parte compensadora. Divierte en cierto modo el observar cómo un raptos de pasión infantil se detiene de súbito por la sugestión de alguna serie de ideas divergentes ; el niño que en un momento sufre gran desconsuelo y pena porque se le ha roto un juguete, vuelve de pronto á su tranquilidad usual al presentársele algún objeto nuevo que le distraiga.

Esa cualidad de los sentimientos de depender de las circunstancias externas, se manifiesta además en lo vario y caprichoso de los afectos del niño, el cual tienen muy pocas aficiones ó antipatías fijas, pues tan pronto es todo caricias para las personas que le rodean y aun para sus juguetes, como cambia por completo y maltrata á las personas ó las cosas ; el recuerdo de los gustos satisfechos anteriormente no suple y equilibra el disgusto del momento. Cada sentimiento resulta entonces de las circunstancias y experiencias presentes, y no de la suma de muchas experiencias sucesivas. 55

Educación de los sentimientos.—El cultivo y gobierno de los sentimientos forma una gran parte de la edu-

cación. Considerada de cierto modo, la educación de los sentimientos tiene por objeto la felicidad del niño mismo; y entonces resulta que su objeto especial es el de regular los sentimientos de los niños á fin de que les proporcionen los más abundantes y variados medios de felicidad. Esto mismo se procura también al cultivar la mente en general y al desarrollar la inteligencia y el gusto estético; lo cual se relaciona muy estrechamente con la educación intelectual misma. Por último, el educador puede considerar los sentimientos más bien desde el punto de vista práctico y ético que como origen ó motivos de acción; y su principal objeto será entonces el de convertir la fuerza afectiva en superior estímulo de la voluntad, á fin de dar eficiencia al niño para el cumplimiento de los deberes de la vida. Esta consideración práctica, aunque se refiere en parte á la propia felicidad del niño, se refiere más especialmente á lo que exige el trato con otras personas y á las obligaciones del individuo para con la sociedad; de modo que se relaciona íntimamente con los fines de la educación moral.

Cuando decimos que el educador ayuda á desarrollar los sentimientos suponemos que en la sensibilidad afectiva del individuo obran hasta cierto punto las circunstancias sociales. Esto puede no parecer enteramente claro á primera vista. Los medios de estimular las facultades intelectuales del niño los tienen los padres ó los maestros, quienes pueden presentarle objetos, comunicarle conocimientos verbalmente y ejercer así acción directa en sus facultades. Pero, ¿cómo se han de formar y dirigir los sentimientos del niño; cómo, por ejemplo, se ha de excitar en su ánimo el sentimiento de la conmiseración ó de la vergüenza? La observación hace ver que los sentimientos de los niños están en gran

parte bajo el dominio é influjo de las personas con quienes viven; y debemos averiguar por qué medios se promueve esa influencia.

La cultura de los sentimientos se divide en cultura negativa, ó sea la debida limitación de la fuerza de las pasiones, y cultura positiva, ó sea la evocación y desarrollo de los sentimientos.

Represión de los sentimientos.—Los hay que pueden desarrollarse con exceso, como el temor y los sentimientos antisociales. Estos deben reprimirse hasta cierto punto, ya sea por el bien físico ó moral del niño, ya sea en beneficio de los demás. En realidad, uno de los grandes fines de la educación es el de reprimir debidamente la violencia de los afectos infantiles.

El reducir la fuerza de los sentimientos de los niños suele ofrecer peculiares dificultades. Según hemos visto, sus raptos de pasión son muy violentos, y esto le dificulta al educador el ejercer influencia en la mente infantil cuando está dominada por las emociones. Además, y como luego veremos, el gran medio por el cual se contiene y contrarresta el impulso del sentimiento, es decir, la propia represión voluntaria, no se halla en los niños, á causa de lo débil que es su voluntad. Al mismo tiempo, la movilidad de la mente infantil favorece el que su atención se aparte de la causa excitante de las pasiones, y de este modo resulta fácil para el educador (en los casos ordinarios) el reprimir la violencia de la pasión después de pasado el primer raptó.

Aparte de procurar la reducción de la fuerza de una pasión cuando se ha excitado, el maestro prudente procurará debilitar la sensibilidad particular en que se funde; porque en materia de sentimientos resulta ciertísimo que más vale la prevención que el remedio. Por lo tanto se ha de cuidar de que los niños muy propensos á

los arrebatos del mal genio no están expuestos á circunstancias capaces de inflamar su pasión, y á los envidiosos no se les debe colocar en situación á propósito para excitar el sentimiento de la envidia. La susceptibilidad afectiva puede debilitarse hasta cierto punto, y hasta eliminarse, por falta de ejercicio.

También pueden debilitarse los sentimientos á favor del desarrollo intelectual del niño, haciéndole saber más y ejercitando su reflexión y su juicio; de este modo, por ejemplo, los primeros terrores infundados del niño pueden disminuirse por la desaparición gradual de las supersticiones infantiles, por la influencia general de un conocimiento más verdadero de la naturaleza y de sus leyes; y de un modo semejante, la violencia del dolor moral se reduce por el desarrollo de la facultad del juicio y de la capacidad de comparar las cosas y considerarlas en sus verdaderas proporciones.

Finalmente, el debilitar ó amortiguar un sentimiento desagradable ó dañoso se logra desarrollando el sentimiento contrario; así, todo ejercicio del sentimiento de estimación de las buenas cualidades ajenas tiende á debilitar el de la vanidad del niño, y todo ejercicio de la bondad y consideración para con las personas ayuda á reducir los impulsos de la cólera y la envidia. El educador, según dice Waitz, tiende á refrenar y debilitar los sentimientos egoístas inferiores por medio del desarrollo de los sentimientos sociales y morales superiores.

Estímulo de los sentimientos.—Lo que llamamos cultura de los sentimientos se refiere en gran parte, sin embargo, al problema de fortalecer y desenvolver ciertas clases de afectos, y especialmente los sentimientos superiores, como son los sociales y los abstractos. La creación de los intereses superiores, intelectuales y esté-

ticos, de igual modo que el desarrollo de los buenos sentimientos para con las demás personas, y el del sentimiento del deber implican la intervención del educador para excitar y evocar directamente los sentimientos.* Puesto que los sentimientos se desarrollan por el ejercicio, el educador debe emplear medios que pongan en juego completamente la susceptibilidad afectiva particular; y para esto podrá valerse de dos medios principales.

Primeramente pueden presentarse al niño objetos ó circunstancias capaces de excitar un sentimiento particular. Haciendo que el niño considere algún caso de padecimiento, se tiende á evocar directamente su compasión; y de un modo semejante, los objetos y los cuentos bonitos, etc., sirven para evocar la admiración estética. Como suplemento de esa presentación de objetos convenientes, el educador puede, induciendo al niño á poner en juego sus actividades, encaminarle para la adquisición de nuevas experiencias por sí mismo y para descubrir así nuevas especies de placer. De ese modo un niño indolente y que á nada aspira puede ser inducido á la actividad haciéndole gustar por primera vez los placeres del éxito y el deleite del aplauso bien ganado. Toda educación intelectual tiene por objeto el desarrollo de ciertos intereses ó sentimientos excitando la clase de actividad mental correspondiente.

En segundo lugar, mucho puede hacerse mediante la manifestación habitual de un sentimiento particular

* Bien arguye Waitz contra la idea (originada del concepto general de la educación según Rousseau) de que el oficio del educador con respecto á los sentimientos consiste solamente en refrenarlos y no en estimularlos. Dice que aunque la represión de ellos es lo principal en los primeros períodos del desarrollo, el estimularlos es cada vez más importante á medida que el niño crece.

por las personas que generalmente rodean al niño, pues este propende á reflejar los sentimientos expresados por sus padres, maestros y compañeros. La explicación de este trabajo de imitación afectiva se dará al tratar de la simpatía, bastando ahora referirse á él como uno de los grandes medios por los cuales el educador puede amoldar la naturaleza afectiva infantil según se desarrolla.

El objeto del educador al desarrollar los sentimientos de los niños debe ser el de formar vivas y permanentes aficiones á las personas, á las cosas y á las acciones dignas de preferencia; y para esto ha de tenerse en cuenta la importancia de los principios de la repetición y asociación. El sentimiento de afición á la casa, á la escuela, al maestro y al trabajo escolar es sumamente compuesto, y se forma por un lento trabajo de acumulación y desarrollo. Si el educador quiere excitar una viva afición á cualquiera clase de estudios, ha de saber presentar los asuntos de modo que resulten agradables, relacionándolos, á favor de cuantas asociaciones sean posibles, con las cosas placenteras. De la misma manera, al querer excitar un sentimiento permanente de afecto á él mismo, tiene que promover un conjunto de sentimientos agradables en su favor; y debe recordar también, que hasta las asociaciones accidentales ejercen poderosa influencia y tienden, cuanto es posible, á hacer digno de aprecio y capaz de impresionar todo aquello que acompaña ó rodea á lo que se estima ó admira.

Para ayudar á que se forme ese afecto duradero, el educador debe prevenirse contra la excesiva frecuencia de la manifestación de los sentimientos por un lado, y de la demasiada frecuencia de herir la susceptibilidad por otro lado. El niño que continuamente recibe caricias de su madre y alabanzas de su maestro puede llegar á hacer

poco aprecio de esas cosas; ningún sentimiento debe manifestarse hasta la saciedad. Por otra parte, el educador ha de tener presente que el herir con frecuencia cualquier sentimiento puede amortiguarlo; pues el niño que nunca oye alabanzas cuando conoce que las merece, suele hacerse indiferente á ellas. El afecto no correspondido muere de inanición; y los sentimientos más delicados, como el de la vergüenza, "no pueden conservarse si se los ofende á menudo," según lo observa Locke.

Otra advertencia general puede agregarse. El educador ha de estar prevenido contra todo sentimiento bastardo é insano y contra la mera afectación exterior de sensibilidad. El muy vivo deseo del padre ó maestro de cultivar los buenos sentimientos y la complacencia en los niños, dice Locke que son favorables al desarrollo de la afectación. No ha de querer el educador que se violenten los sentimientos, ni que al favorecer la expresión de los mismos se induzca al niño á simular la apariencia de la sensibilidad;* y no ha de consentir que el natural deseo de agradar de los niños los lleve á afectar espontáneamente el sentimiento de la complacencia. Debe ser severo en distinguir los sentimientos dignos y legítimos, como el de la compasión ó el remordimiento, de su sentimental é indigna imitación; y también las meras apariencias externas, de la realidad interior. No ha de permitir que los sentimientos dejen de corresponder á las acciones, ni que se conviertan en pura práctica de sentimentalismo en vez de hacerse motivo eficiente de la conducta. 56

* Nada, según Miss Edgeworth, hierre más á los jóvenes que la vigilancia continua de sus sentimientos, escudriñando la expresión de su semblante y tratando de medir su sensibilidad, ó el grado de ella, el despiadado observador.